



Primeros suscritores Sus Magestades y Altezas.

AÑO 2.

TOMO 2.º

NÚM. 27.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En VALENCIA: Un mes, 6 sean cuatro números, 6 rs.
Tres meses 18 rs.—Seis meses 54 rs.—Un
año 66 rs.

ADMINISTRACION:

Calle de la Congregacion, 1 duplicado, 2.º

Se publica todos los domingos.

Valencia 2 Julio 1865.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En PROVINCIAS: Tres meses 24 rs.—Seis meses
42 rs.—Un año 80 rs.—Estrangero, Cuba y
Puerto-Rico, un año 6 pesos.—América y Asia,
8 á 15.

SUMARIO.

Revista de Madrid, por D. Carlos Frontaura.
—La nariz, por D. Gerónimo Flores.—Tanto
vales, cuanto tienes, por D. Antonio Guix.—
Atenas.—Necrología: El Excmo. Sr. Duque de
Rivas, por D. Dámaso Delgado Lopez.—La ilu-
sion, en un álbum (poesía), por D. Enrique de
Villarroya.—A Zaragoza (poesía), por D. Julian
Romea.—Felicidad doméstica (conclusion), por
D. Antonio de Trueba.—Solucion al salto del
caballo.

Láminas. Monumento de Lisícrates.—Fa-
chada occidental del Partenon.—Ruinas del cuar-
tel cristiano en Damasco.

REVISTA DE MADRID.

Carta á Venancio.

Puesto el pié en el estribo, como quien
dice, te escribo la presente, abra-
sado por un calor que tiene mas
grados que Espartero y Narvaez
juntos.

Parto para los Pirineos, buscando una
temperatura menos radical que esta en que
me frío, y ganoso de beber aquella agua
famosa de la fuente del hígado, que en Pan-
tícosa espera á los enfermos creyentes. Ya te
escribiré desde allí mis impresiones y te daré

noticia de los huéspedes de aquel estableci-
miento.

En Madrid no ocurre cosa particular.

Aquí sucede lo de siempre, ni mas ni me-
nos. Se habla mucho de política, no se hace
nada, se le ponen todos los obstáculos posi-
bles al gobierno, se le llora y se le pide, se
le amenaza, se le estrecha y se procura
agrarar cada vez mas la situacion de la patria,
harto desgraciada con ser madre de tan inte-
resados, egoistas é ingratos hijos.

Y no hay mas que seguir la corriente y
encogerse de hombros, porque ponerse á
predicar en este desierto es sermon comple-
tamente perdido, amen de que el predicador
se pone en ridículo....

Así pues, siga la broma, y adelante con
los faroles, gritemos todos hasta que se nos
caiga la campanilla y viva el guirigay.

Me preguntas en tu carta cómo es eso de
haber sorprendido cierto esposo á su mitad
en companía de un personaje respetable,
segun han anunciado los periódicos. Te asom-
bras con razon de un hecho tan repugnante
y escandaloso, pero bien se conoce que vives
en una aldea, donde cada cual se contenta
con la muger que tomó, y ningun mozo se
atreve ni á mirar siquiera á la del prógimo,
no solo por temor de llevar un garrotazo,
sino porque ha aprendido y no olvida, que
desear la propiedad ajena, y sobre todo
cuando la propiedad es una muger, es un
grave pecado, que desagrada grandemente á
Dios, y que merece el mas severo castigo.

Aquí lo hemos arreglado de otro modo,
como que estamos mucho mas civilizados y te-

nemos nuestra autonomía, cosa buena de que
vosotros careceis, y no nos arredramos por un
pecadillo que la sociedad estima venial, y que
no nos enagena sus simpatías, ni nos cierra sus
puertas. Al contrario, la sociedad se paga mu-
cho ahora del descaro y la desfachatéz, y el
hombre ducho en aventuras de amor, el juga-
dor sereno y rumboso, el que tiene dinero,
aunque no se sepa de dónde la viene, tienen
entrada franca en la sociedad, y hasta se dignan
saludar y dar la mano á las personas honradas,
que acaso murmuran de ellos, pero no se atre-
ven ni á negarles el saludo, ni á esconder la ma-
no para no dársela. Si la sociedad cerrára sus
puertas al seductor de mugeres casadas, si los
maridos supieran serlo y no tuvieran tambien
sus distracciones, si las mugeres no se paga-
sen tanto de la lisonja torpe y miserable, y
educaran á sus hijos y no se separasen de ellos,
no habria seguramente esos escándalos con-
yugales que tan pobre idea dan de la morali-
dad del siglo.

La relajacion de las costumbres es, amigo
Venancio, cosa que espanta y desconsuela.
Ayer mismo dan los periódicos cuenta de otro
hecho edificante, cuyo autor tambien, al decir
de los periódicos, es un personaje. Se trata
de la seduccion de una jóven de quince años,
arrebataada de casa de sus padres por un
amante, y hallada por la autoridad en una
casa del barrio de Chamberí. Los periódicos
hablan de la tierna y conmovedora escena
entre la madre y la hija, escena que no pre-
senció el seductor, cuya conciencia estará
probablemente tan tranquila como si tal cosa,
porque quien á tanto se atreve como á en-

gañar á una pobre niña, á quitársela á sus padres, á sumir á una familia honrada en eterno luto, no debe tener conciencia.

Estos delitos, que delitos son, tan delitos como el robo y el asesinato, suelen quedar impunes. El que aguijado por la necesidad comete un robo, por insignificante que sea, queda sujeto á la vigilancia de la autoridad, pero el que intenta ó logra deshonorar á una familia, el que juega con la virtud de una pobre inofensiva joven, ese no sufre castigo de la sociedad, no se le inhabilita para cargos públicos, no se le sujeta á la vigilancia de la autoridad.... Dá un espectáculo al público, el público se divierte, y la víctima se queda devorando su dolor, sus lágrimas y su vergüenza.

Cualquier seductor de oficio, cualquier jugador, cualquier perseguidor de mugeres casadas será ministro el mejor día, y nadie lo estrañará, ¿qué se ha de estrañar?... Lo mas que se dirá es que el ministro es un hombre listo, y que ha tenido mucho partido entre las damas y siempre ha sido hombre de mucho mundo. Verdaderamente, no haciéndose ya distincion entre el hombre honrado, buen padre, buen marido y buen ciudadano, y el vicioso, tahur, trapisondista, es gran mérito la honradéz, mucho mas cuando la honradéz no obtiene gran galardón en el mundo.

En fin, amigo Venancio, el mundo marcha, y no es posible detenerle, ó á lo menos no hemos de ser nosotros los favorecidos por Dios con fuerzas para tanto.

Te he dicho que en Madrid, fuera de esos incidentes edificantes, no hay nada, y así es la verdad.

Las verbenas de San Juan y San Pedro se han celebrado con igual solemnidad, que en los años anteriores. Ya han perdido mucho carácter estas veladas, tan ocasionadas á lances de todo género en los tiempos felices del rey poeta, y cuando las mugeres se tapaban con el rebecillo mas discretas y pudorosas que ahora ó mas hipócritas.... Hoy las hembras no se tapan, no sé si porque saben que ya las hemos conocido ó porque juzgan que los hombres somos hoy mas materialistas, y nos pagamos mas de una buena cara que de una noche entera de conversacion y discreteo.

Las verbenas han degenerado á tal punto que la mayoría de la concurrencia se compone de gentes del pueblo, ganosas de un desahogo de cuando en cuando, y fieles conservadoras de nuestras fiestas tradicionales. La clase media acude á primera hora á la plaza Mayor á ver las flores; allí se encuentra al paso la pobre hija de un cesante un novio con quien *tener relaciones* dos ó tres años, hasta que uno ú otra se cansen, ó el novio quiera hacer alguna calaverada y el padre de la novia le deslome; allí oyen algun que otro requiebro las jamonas que cuidan de pasear lejos de los árboles; allí se luce el estudiante que acompaña á las hijas de Doña Gertrudis, gastándose con ellas dos pesetas; allí cambian los amantes emblemáticas flores, y se dan la mano impunemente, protegidos por la oscuridad y la concurrencia, en las barbas de alguna mamá, que recuerda con pena la primera vez que fue á la verbena, cuando su esposo recientemente casado con ella era voluntario realista y estaba de guardia en la Panadería; allí hay mucho contrabando.... Y luego á la media noche la gente del bronce invade el Prado, convertido en una gran buñolería, y el vino hace de las suyas... Y á mí me gustan las verbenas; es verdad que me gustan todas las fiestas populares, y hallo gran encanto en todo lo que tiene ese carácter de respeto á la tradicion y la costumbre. El pueblo se divierte, y nada mas justo que se divierta y olvide momentáneamente las penas de la vida, y las que le dan constantemente los encargados de procurar su bienestar, y velar por sus derechos y su prosperidad.

Ya sabes que ha muerto el duque de Rivas aquel gran poeta con cuyos versos tan encantados pasábamos muchísimas horas en la época de nuestras ilusiones, aquel sér que nos parecia sobrenatural, á quien ya admirábamos, sin comprenderle, en nuestros días de la infancia. Todos los escritores públicos, y los aficionados á las letras, van á rendir un justo tributo de amor y respeto á la memoria de aquel grande hombre, el único que ya quedaba de aquel brillante grupo de hombres ilustres en las letras ó la política que se llamaron Quintana, Lista, Gallego, Martínez de la Rosa, Argüelles, Calatrava, Mendizábal, Donoso Cortés, Heros, San Miguel, Alcalá Galiano y otros.

La Reina de España, la emperatriz de Francia, la Academia española, la grandeza, el gobierno, todos han dirigido espresivos consuelos á la viuda del ilustre poeta, que ha muerto en una edad muy avanzada y rodeado del amor y el respeto de cuantos le conocian, y del mundo entero que admira sus obras. Probablemente se dará una funcion teatral en honor del duque, en la que se pondrá en escena *Don Alvaro*, uno de sus poemas dramáticos de mayor valor.

Mucho me agrada que España honre á aquellos de sus hijos, que se han distinguido tan gloriosamente como el difunto duque de Rivas.

Adios, hijo, cuídate mucho, dá un beso de mi parte á cada uno de tus hijos, y á tu muger ya se los darás de la tuya sin que yo te lo encargue.

CARLOS FRONTAURA.

LA NARIZ.

Artículo de constante actualidad.

Hé aquí, lectores, una impasible espectadora de los sucesos propios y estraños.

Una de las facciones del humano rostro, la única que constituye la belleza del sér que Dios crió.

Mirad un rostro al que le falte un ojo, que tenga la boca grande ó defectuosa, que esté privado de uno de los órganos del oído, cuya frente sea pequeña ó prolongada, y siempre es aceptable.

Mirad un rostro sin nariz y de seguro al par de la compasion que os inspire el desgraciado, soltareis la carcajada pronunciando instintivamente la siguiente frase:

¡Qué feo!

Los egipcios condenaban á las mugeres adúlteras á la pérdida de la nariz, pues decian ser el único remedio posible para hacerlas desistir forzosamente de sus vicios, moralizando de este modo la sociedad.

Prueba la mas evidente de que sin nariz no hay belleza posible.

La nariz no participa de emocion alguna.

Por el contrario los ojos, la boca y la frente, constituyen un cuadro diversificado y movable.

La espresion del dolor hace verter lágrimas á los ojos.

El sueño los obliga á cerrarse.

¡Cuántas veces no hemos oído decir que los ojos hablan!

Si la alegría escita nuestra risa, la boca es su mensajera.

Si el hambre nos acosa, nada hay mas natural que un bostezo.

Si en alguna ocasion estamos poseidos de la ira, hablan por ella á un tiempo los ojos y la boca.

La nariz, á pesar de estar rodeada de actores espresivos, permanece siempre impasible.

Sin embargo, la nariz es un programa del carácter de la humanidad.

Segun los fisiologistas, la nariz no adquiere todo su desarrollo y perfeccionamiento hasta los quince años, y si esto es verdad, bien podemos decir que es contemporánea de las inclinaciones del individuo.

Los atenienses y romanos miraban las narices grandes, como las únicas compatibles con la magestad de los dioses y de los héroes.

Si fuese en la época actual, de seguro hubiesen promulgado una ley de incompatibilidades para que los romos no tuviesen el derecho de ser valientes.

Los grandes políticos, los ilustres escritores y los eminentes poetas antiguos, ostentaban en sus rostros grandes narices, y así lo aseguran varios autores al tratar de Ciro, Constantino, Ovidio, Ciceron, Maquiavelo, Catilina, Cervantes, Quevedo, Muller, Goethe y otros muchos.

En nuestros días, salvas honrosas excepciones, podemos asegurar que muchas de las cabezas, que ostentan descomunales narices, tienen un talento vulgar.

El feliz mortal que tenga la suerte de tener la nariz perpendicular, puede considerarse dichoso.

Lavater afirma, «que una nariz perpendicular con alguna ondulacion, constituye la verdadera nobleza de alma y elevacion de sentimientos, siendo muy escasas las penalidades que ha de sufrir en la vida, el sér que las posee.»

La vanidad, los vicios y la bajeza se indican por una nariz de estructura contraria.

El egoismo y la sensualidad se dejan ver en una nariz cuya ternilla se dilata ostensiblemente.

La nariz cuyo nacimiento es hundido y la punta remangada, señala terquedad inmensa, celos atroces y genio colérico.

Una nariz pequeña, remangada, acompañada tambien de ojos tambien pequeños, es suficiente indicio para caracterizar á un hombre de hóstil, pleitista y malicioso.

Los hotentotes consideran una hermosura tener la nariz aplastada y chata, llegando su presuncion hasta el extremo de sujetárselas fuertemente con cueros para que adquieran dicha estructura.

Tratándose de ellos nada nos puede sorprender.

Los hebreos por el contrario, escluyen del sacerdocio á los que tenían la nariz contrahecha.

Mis lectores, de seguro habrán oído decir muchas veces: *Se ha quedado con una cuarta de narices.*

Esto, si bien tiene su parte de exageracion, sin embargo hay en ello un fondo de verdad.

Las grandes pasiones, las enfermedades y los disgustos adelgazan el rostro, esto hace resaltar la nariz y parece se haya prolongado.

Se dice tambien satíricamente, de aquellos cuyos planes fracasan ó cuyas ilusiones se desvanecen al leve soplo de la realidad.

Sentado este precedente, y habiendo sido mi objeto distraeros un rato, podreis con sobrada razon decir, si no lo he conseguido, que me he quedado con un palmo de narices.

GERONIMO FLORES.

TANTO VALES, CUANTO TIENES.

El siglo diez y nueve, siglo de oro, de las luces y de los grandes adelantos; el siglo del telégrafo eléctrico, del ferro carril, del gas y la fotografia; en este siglo en que tanto se admiran y llaman la atencion los descubrimientos tan útiles para el desarrollo de las ciencias, las artes, la industria y el comercio; en este siglo en que todos tienen ambicion de gloria ó por lo menos de un nombre; en este decantado siglo en el cual parecia ser lo mas

lógico, que lo que mas se deseara ambicionar fuese la instruccion, y el talento lo que mas debiera merecer la consideracion y el aprecio de la sociedad, pues en la apariencia indica ser el Dios á quien consagra en sus altares el presente siglo; y por lo mismo debieran ser las dos cosas mas respetadas y mas queridas, el ideal de todos los hombres; en este siglo, en fin, en que tanto incienso se prodiga al genio y al saber, ni el uno ni el otro sirven de nada al hombre que los posee, ya á costa de inmensos sacrificios y profundos estudios ó ya por ese precioso don que concede Dios á la inteligencia de algunas criaturas.

Para que la inteligencia sea estimada es preciso que se sienta sobre sillones de oro.

La inteligencia á secas no vale nada.

No es la misma que tiene unos cuantos millones por compañeros.

Ahora lo mismo que entonces, Cervantes sin dinero moriria en la oscuridad.

Colon, seria un loco.

Murillo, un pintor adocenado.

En cambio si Rostchild quisiera, seria hombre de ciencia, literatura y artista eminente.

En este siglo no es el talento, ni el saber, ni la honradéz, lo que se necesita para merecer la consideracion de la sociedad.

Esta depende de la posicion que cada uno ocupe en ella.

La posicion no es otra cosa que el dinero que se tiene ó se aparenta tener.

Por eso todos lo codiciamos y aparentamos tenerlo.

El verdadero Dios del siglo diez y nueve es el oro; sin él no hay nada.

Habrán muchos de los que lean este artículo que no serán de mi opinion y que dirán, que hay personas que á pesar de sus escasos bienes, ya sea por su talento, ya por sus virtudes, merecen el aprecio general, á lo cual contestaré; que en todo hay escepciones y que este defecto social las tendrá indudablemente; pero que como el daño que éste produce es infinitamente mayor que el bien que pueda resultar de las escepciones, éstas al lado de aquel no son nada y por lo tanto no se debe hacer caso de ellas al tratar de poner en relieve un defecto, sea cual fuere.

En la sociedad se respeta y considera tambien á todos aquellos á los cuales se teme, sea por las circunstancias que se quiera; pero esto son escepciones, de las cuales como ya he dicho no debemos ocuparnos.

Un jóven de irrepreensible conducta, que merece los elogios de sus catedráticos, que está terminando brillantemente su carrera y que posee una módica fortuna, la cual le basta para atender decentemente á sus necesidades, vé en una tertulia una preciosa niña por la cual siente un espontáneo y verdadero cariño. Se entera el jóven y sabe que es hija de un rico propietario; esto á pesar de halagarle le hace desconfiar de sus pretensiones. Espera con ansia el día en que reciben en la casa donde la vió por primera vez; llega este día; busca la ocasion de colocarse á su lado y despues de un rato de conversacion que bajo cualquier pretesto entabla el enamorado jóven, le declara de la manera mas franca y verdadera su passion. La niña considera muy natural corresponder á aquel cariño; recuerda las amigas que han provocado su envidia teniendo á sus plantas á hombres que las amaban, y acogiendo con placer la idea de poder á su vez hacer ella lo mismo, contesta favorablemente al jóven, que desde aquel momento ve ante sus ojos un dilatado panorama de felicidad.

Sospechan los padres de la niña estas relaciones é inmediatamente lo primero que averiguan es la posicion; esto es, el capital que posee el hombre que pretende á su hija y despues como cosa secundaria su conducta.

Saben positivamente todas las bellas cualidades que le adornan, tan raras en los jóve-

nes del día, y saben tambien el modesto patrimonio que compone toda su fortuna.

Esta sola circunstancia basta para que todas las recomendables virtudes del jóven pasen desapercibidas á los ojos de los padres, que segun ellos, no desean mas que la felicidad de su hija.

Sin pérdida de tiempo, prohíben á la niña que hable y mire á aquel hombre y hasta que conteste á sus saludos.

Los padres creen que con los hombres sin dinero que solicitan la mano de una muger, está demás la buena educacion.

Los primeros días la niña siente verse precisada á desairar al hombre á quien ella cree amar y se apodera la tristeza de su alma; pero con la compra de una alhaja ó un traje, queda completamente curada y los padres satisfechos.

Mientras cualquiera de estas dos prendas llama la atencion en los suntuosos salones, el jóven desde el fondo de su humilde habitacion, con el corazon y el orgullo heridos, trabaja su fatigada imaginacion, discurriendo el modo de adquirir una espléndida fortuna.

Para conseguirlo no repara en los medios. Piensa emprender la azarosa senda del juego, vender su corazon y su nombre á una de esas mugeres tan viejas como ricas, que cambian por el falso cariño que las miente un hombre sus magníficas posesiones: acoge en fin todas aquellas ideas que le indican, sea como quiera, poder adquirir mas rápidamente un inmenso capital, para humillar á las personas que han ajado su delicadeza.

Este es el fatal resultado de la consideracion que dá el dinero; que se ambicione y no se repare en los medios de adquirirlo.

En cambio, si otro jóven ó viejo, pero rico, aspira á la posesion de alguna linda señorita, por mas que tenga sobre su cuerpo y su alma todos los defectos imaginables, parece á los padres de la muchacha el hombre mas digno y mas á propósito para enlazarse con su hija, á la que procuran convencer para que corresponda al amor del hombre que ha de hacerla feliz, llevando en coche á toda la familia al paseo.

¿Qué importa que no le ame? el amor en el matrimonio es una cosa secundaria; lo principal son los intereses.

Por supuesto, que si es persona que goza la atmósfera de capitalista ó indica serlo por sus trenes y el lujo que ostenta, los padres se cuidan muy mucho de no averiguar lo mas mínimo de la moralidad ni de la vida privada del que cuentan ya como yerno, por temor de que éste pueda llegar á saberlo y ofenderse, y esto podria traer malos resultados para sus planes.

¿Qué importa que el hombre con quien va á casarse una hija sea un conjunto de vicios, si tiene dinero?

Será rica y siendo rica no puede ser desgraciada.

Los dos ejemplos que he presentado creo que son bastante exactos y que dan idea del poder que egerce en nuestro siglo el dinero; pero voy á presentar algunos mas que los juzgo importantes para el caso.

Un individuo de buenas cualidades, con talento, que vive solamente de su trabajo, no llama la atencion de nadie, es de muy pocos conocido, pocos los que desean conocerle y menos los que le consideran; pero si mañana este mismo, ya por una herencia ó por otra circunstancia cualquiera, enriquece y se presenta en los paseos con elegantes trenes, si habita una suntuosa casa, si dá bailes y espléndidas comidas, aun cuando sea un hombre enteramente inútil á la sociedad, aun cuando su vida sea de las mas relajadas, la mayoría de los hombres desearán su amistad, solicitarán ser presentados en su casa y se envanecerán de ir en su compañía.

De este ejemplo hay muchos originales.

Un sugeto, hombre de corazon y de algun caudal, hace el favor á uno á quien él cree amigo, de responder con sus bienes á una cantidad que necesita para un negocio, del cual depende su bienestar: hipoteca sus fincas y con el mayor placer saca á su amigo del apuro en que se encontraba; éste queda altamente agradecido á tan señalado favor y todos cuantos conocen al que así aventura su fortuna y su porvenir, por favorecer á un amigo, ponderan muy satisfactoriamente tan noble y desinteresada accion. Pero al poco tiempo el amigo se eclipsa, los acreedores reclaman sus respectivas cantidades é intereses y el hombre de buena fe, que salió fianza, queda de la noche á la mañana desposeido de casi todos sus bienes.

En tan mal estado recurre á las personas que elogiaron su noble proceder con su falso amigo, para que le favorezcan en lo posible, pero aquellos mismos en el momento que se les va á molestar, miran las cosas de distinto modo y dan por toda contestacion al desgraciado que necesita de sus favores, que no están en el caso de socorrer la desgracia que tiene por resultado una locura como la suya.

Este infeliz esconde su vergüenza en un rincon, sin que nadie se cuide de él, y llora el haber conocido tan tarde á los hombres, mientras que el petardista viaja cómoda y alegremente por el extranjero entre personas de posicion, gastando sin ningun remordimiento un dinero tan infamemente adquirido.

Un honrado comerciante, á causa de malos negocios, se ve precisado á hacer suspension de pagos y mas tarde á quebrar. Para atender en cuanto sea posible á las deudas, pone á disposicion de los acreedores hasta el último real, procurando salvar su honra y su crédito antes que la miseria que á él y su familia les amenaza.

Una vez arruinado este hombre que ha procedido tan honradamente, que no se llegue á nadie á pedir el apoyo que para alzarse necesita el caído, pues á las puertas á que llame, saldrá el criado á decirle: el señor no está en casa.

En compensacion de esto, otro comerciante que está cansado del mostrador ó el bufete, ó que tiene tantas aspiraciones como mala fe, hace un ágio bien meditado y de modo que no tenga responsabilidad ninguna, quiebra en gordo, se arregla con las casas que le habian fiado bajo su crédito, y paga con una pequeña parte del capital á que asciende la quiebra. Deja pasar un poco de tiempo hasta que se acallan las habillitas y entonces se presenta bajo otro aspecto. El comerciante ya no es comerciante; éste ha dejado plaza al hombre de dinero y este nuevo título le dá derecho á entrar en los casinos y asistir á los teatros; tanto en un sitio como en otro se hacen conocimientos y al poco tiempo se encuentra con un gran número de amigos é introducido en las mejores sociedades.

Finalmente, en el hombre de dinero los vicios y los defectos pasan desapercibidos ó como gracias; en el pobre se exageran. Para probar la veracidad de mis palabras, en las que no hay nada de exageracion, preguntad á los jóvenes que son los que menos metalizados deben estar, y á jóvenes que ambicionen ocupar un puesto distinguido en sus respectivas carreras, preguntadles qué es lo que les satisfaciera mas, qué es lo que elegirían mejor, si la realizacion de sus aspiraciones ó una fortuna.

La contestacion la sabeis tan bien como yo.

Estoy seguro que todos, con rarísimas escepciones, elegirían lo segundo.

ANTONIO GUIX.

ATENAS.

I.

Atenas, capital hoy del reino de Grecia, es una pequeña población de unas 20,000 almas, situada al Norte de la Acrópolis, mientras que la antigua Atenas se extendía por el Sud y el Oeste. La calle de Hermes que la atraviesa y termina en el palacio real, es la continuación del camino del Pireo. Al desembarcar en el puerto de este nombre se encuentran carruages que por tres dracmas transportan á los pasajeros á Atenas y los dejan en la fonda de Inglaterra ó en la Ville de París, situadas en la calle de Eolo.

Disgustado de esta mezcla de nombres antiguos y modernos el recién llegado á Atenas se apresura á visitar la Acrópolis para admirar los magníficos restos del arte griego y particularmente los restos del Partenon, templo si no el más rico y el más grandioso, el más bello al menos que la mano del hombre ha elevado á la divinidad. Esta divinidad era la de Minerva, y el nombre que se impuso al templo fue como un homenaje rendido á la virginidad de la diosa, pues *parthenon* en griego significa virgen.

Antiguas leyendas dicen que Minerva y Neptuno se disputaron el patronato de Atenas: cuentan unos que Júpiter nombró por árbitros de la cuestión á doce dioses, quienes adjudicaron á Minerva la Atica; creen otros que esto fue el resultado de un sufragio universal, mejor entendido por aquella época, hace unos 2400 años bajo el reinado de Cecrops, que en el día, puesto que las mugeres tenían voto. ¿Cómo el bello sexo ha dejado perder y no reclama el ejercicio de sus derechos políticos, cuya restitución solicitó



MONUMENTO DE LISÍCRATES.

en vano en Francia, en 1848, Madame Eugenia Niboyet? Pero sea de esto lo que quiera, la verdad es que cuando Cecrops recogió los sufragios resultó que los hombres habían votado por Neptuno y las mugeres por Minerva, y que encontrándose el escaso de un voto femenino sobre los votos masculinos ganó el pleito la diosa.

En la entrada de la Acrópolis se encuentran las ruinas imponentes de los Propileos, que Pericles hizo construir de mármol pentélico y que en la antigüedad eran ya considerados, con el Partenon, como el tipo más perfecto de la arquitectura. (Véase la lámina de la pág. 221.)

Los Propileos no eran otra cosa que una

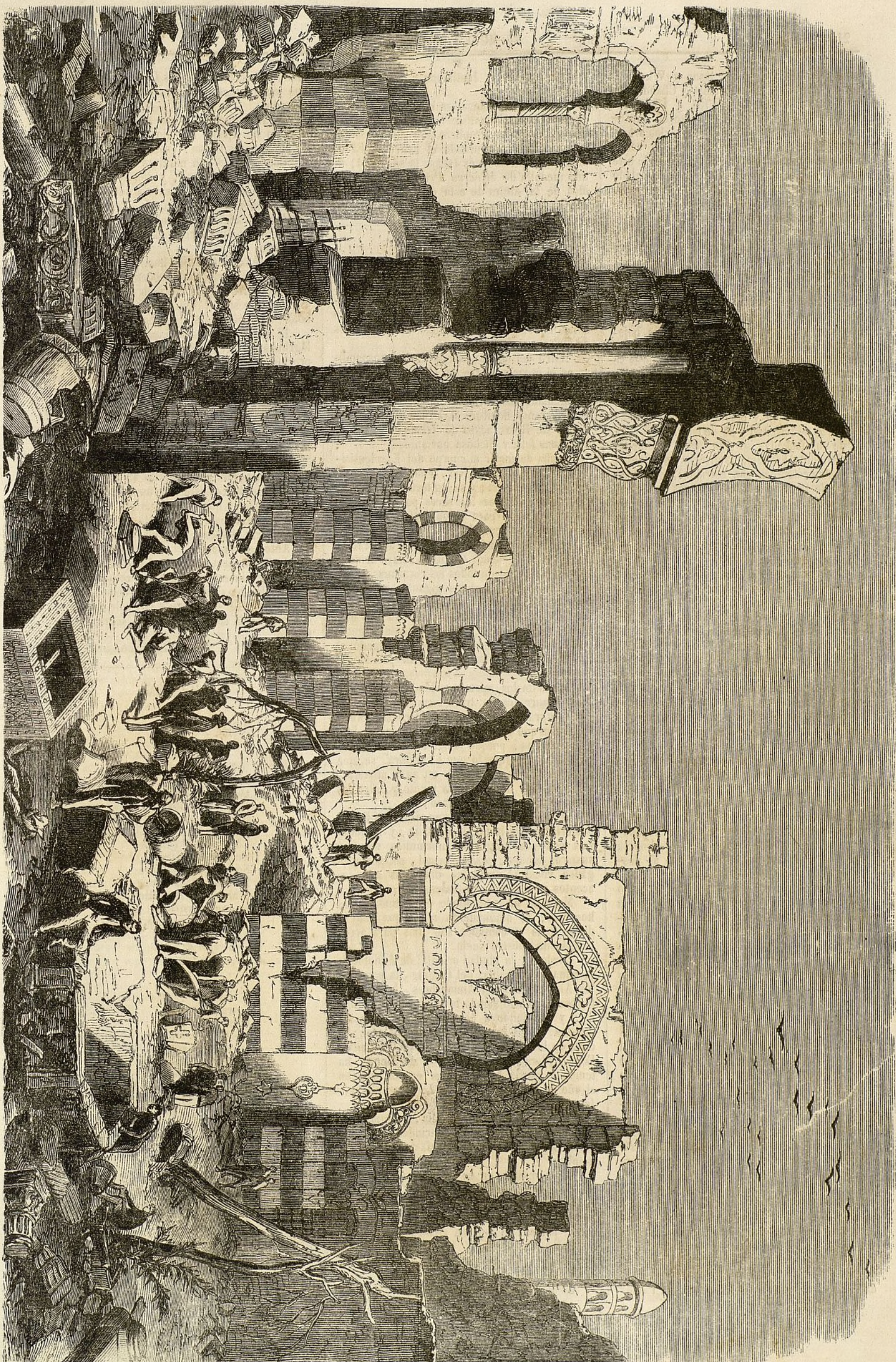
magnífica decoración, un simple pórtico de ingreso que conducía por medio de escalinatas á la plataforma, y sin embargo se gastaron en su construcción más de cuatro millones de escudos, suma prodigiosa para aquella época y que nos esplicamos con dificultad si atendemos á que una parte de la mano de obra hubo de llevarse á cabo por los esclavos. Los Propileos se conservaron casi intactos hasta el siglo XIV, pero desde entonces se hallaron expuestos á muchas causas de destrucción. En 1656 un rayo voló un almacén de pólvora que habían establecido allí los turcos; una porción de columnas cayeron ó se estropearon, y la mayor parte de los arquivoltas de mármol de veinte pies de longitud que las unían saltaron á tierra hechos pedazos.

La entrada antigua de la Acrópolis, colocada delante y en el eje de los Propileos, había desaparecido; los turcos la habían tapiado al cerrar este lado accesible de la Acrópolis por un enorme bastión y por terraplenes, con los cuales habían formado una plataforma cubierta de cañones. En 1852 Mr. Beulé, discípulo de la escuela de Francia, que se hallaba en Atenas, después de un atento examen de los lugares y de un estudio comparativo de los textos, presumió que encontraría por este lado la dirección de la primitiva entrada, y habiendo alcanzado una subvención del ministerio francés para llevar á cabo las excavaciones, la descubrió, en efecto, y la puso patente á la vista de todos. Este interesante descubrimiento valió á su autor una justa celebridad.

Entre la entrada de la Acrópolis descubierta por Mr. Beulé y los Propileos se elevaba á la derecha un pequeño templo á la *Victoria alada* (sin alas), esto es, á Minerva considerada



FACHADA OCCIDENTAL DEL PARTENON.



como diosa de la Victoria. Spon y Wheler lo vieron intacto en 1676; Stuart y Chandler no encontraron vestigios en 1751 y 1765: los turcos lo habían demolido durante el sitio de los venecianos en 1686. En 1835, dos arquitectos bávaros encontraron entre las construcciones turcas todos los fragmentos de este templo en mármol pentélico y lo han levantado por completo sobre su antiguo basamento. Muchos bajo-relieves del friso han sido transportados por Lord Elgin á Inglaterra.

Hablemos ahora de la mas gloriosa de las ruinas de la Acrópolis, del Partenon. (Véase la lámina de la pág. 212.)

Pericles fue quien ordenó la construcción del Partenon: Fidias dirigió los trabajos; Ictino y Calícrates fueron los arquitectos; Alcámenes y muchos otros hábiles escultores de la época ejecutaron las estatuas y los bajo-relieves de los frontones y del friso, y los fragmentos que nos quedan de estas obras se cuentan en el número de los mas admirables monumentos que ha producido jamás la escultura. La construcción del Partenon costó mas de cuatro millones y medio de escudos; tiene 69 metros de longitud y 31 de latitud. En cada una de sus fachadas se ven ocho columnas; anteriormente los templos griegos solo tenían seis; estas columnas son estriadas, de orden dórico, de 10 metros 30 centímetros de altura, y están formadas de trozos de mármol superpuestos, tan admirablemente acoplados que se necesita fijar mucho la atención para descubrirlos. La misma perfección se encuentra en todos los detalles de la obra.

El mármol del Partenon que con la acción del tiempo ha tomado una hermosa tinta dorada y uniforme, presentaba en un principio una variedad de colores combinados de una manera chillona, que hacían resaltar las diversas partes de la arquitectura. El general empleo en la antigüedad de esta policromía en el exterior de los monumentos, constituía un método de decoración completamente contrario á nuestro moderno sentimiento de armonía. Por nuestra parte, después de las noticias recogidas sobre este punto, no podemos admitir la superioridad de un sistema que oponía las contradicciones y el antagonismo de los colores al juego natural de la luz y la sombra durante la velada claridad del día ó al brillante resplandor del sol. Las admirables figuras esculpidas en los frontones estaban coloridas igualmente, enriquecidas con dorados y acompañadas de adornos de bronce. Los ojos de Minerva eran de una materia preciosa que al desaparecer ha dejado las órbitas vacías.

Este sistema tan singular para el gusto moderno se llevó á su último término en la estatua colosal de Minerva que tenía 11 metros 70 centímetros, y que ocupaba el santuario. La citada estatua, una de las obras mas excelentes de Fidias, era de oro y de marfil; se había tratado de hacerla de mármol; pero consultado el pueblo se decidió por las materias mas preciosas: las carnes eran de marfil ligeramente teñido y las pupilas de los ojos de piedras duras. En la Exposición Universal de 1855 pudo formarse una idea aproximativa de lo que debía ser semejante estatua, viendo la reproducción que mandó hacer el duque de Luynes con arreglo á los textos auténticos.

En todo esto existe evidentemente una estética nueva para nuestro gusto: si los modos musicales de los griegos hubieran llegado hasta nosotros, probablemente hubieran puesto á prueba nuestra sensibilidad de una manera desagradable. Pero sea de esto lo que quiera, causa admiración que los griegos supieran trabajar el marfil hasta el punto de responder á las exigencias de la estatuaria. Otra particularidad que desconcierta nuestras ideas es la necesidad en que se veían de rociar con agua el marfil para evitar que se resquebrajase con la sequedad. Mr. Beulé conjetura que la citada estatua de Minerva fue estraida del Parte-

non en tiempo de Justiniano y transportada á Constantinopla.

Otra estatua colosal en bronce de Minerva, ejecutada por Fidias, se hallaba situada entre el Partenon y los Propileos: se calcula su altura en 75 pies, contando el pedestal. El dibujo que reproducimos (véase la pág. 221) de una medalla de *Minerva Promachos*, dá una idea de la altura de esta estatua comparada con la del Partenon.

NECROLOGÍA.

El Excmo. Sr. Duque de Rivas.

En su montaña de resplandores se ha estremecido el disco de la luz, y á su inmenso dolor han respondido gimiendo las habitantes de Helicon.

Astro del mundo, ascua de oro suspendida en el espacio, padre del Héspero, que eternamente has alumbrado los jardines ibéricos, é iluminado los pasos de la carrera gigante, que el grande hombre, el Cordobés esclarecido Duque de Rivas acaba de terminar en medio de la mas feliz y dichosa ancianidad.

Acaba de morir el cuerpo del Excelentísimo Sr. Duque de Rivas, y sin embargo su alma aun se agita, y se agitará eternamente en medio de todos los seres pobladores del mundo, porque para todos tenía una virtud, un mérito, una cualidad, que ha generalizado su importancia y ha hecho que la admiración que siempre le hemos tributado, haya brotado espontáneamente de todos los corazones sensibles, de todas las almas gigantes, y de todos los escritores y todos los poetas.

La literatura patria ha perdido su mas brillante gloria; pero siempre ostentará entre sus blasones las obras que nos ha legado el ilustre autor de *D. Alvaro*, ó *la fuerza del sino*.

Auras de los mirtos y los cipreses, que gemís murmurando tristísimas en las eternas verduras que coronan el Parnaso, oreas las perlas que vierten en su dolor la naturaleza y las plantas, porque jamás se pierde lo que es querido; porque lo que se admira, se ama ó se idolatra siempre tiene un altar misterioso entre las nieblas de la mente y entre los revueltos pliegues del corazón.

Brisas de los sauces, que rizais los límpidos cristales de la fuente Castalia, y armonizais con sus lánguidos murmullos vuestros suspiros flébiles, cesad, cesad, porque apáganse vuestras armonías dolorosas ante los acentos y los coros celestiales.

Marcado en este mundo el destino de los hombres, la omnipotente mano que todo lo dirige tenía ya contados sus días para arrebatarlo de nuestro suelo.

Córdoba, la ciudad oriental de Andalucía, la reina de los califas del Oriente, la patria de los Abderramanes y Almanzores, la que vió florecer su suelo siendo la metrópoli del mundo, y arrojando á él asombrado todos los artistas, todos los sábios que lo poblaron; la cuna de los Sénecas y Lucanos; de Wallada y Ben-Zeydum, de Góngora y de Mena, ha tenido la gloria de ver nacer en su seno en el año de 1791 al autor de *La Azucena milagrosa*.

Hijo de esclarecida familia, siempre han estado de acuerdo con su nacimiento y educación todos los actos de la vida de este grande hombre.

Como militar, en su juventud peleó contra los franceses con valor y bizarría, llegando á recibir por su indomable arrojo en la batalla de Ocaña once heridas, por las que los lanceros polacos lo dejaron como difunto.

Como diplomático, ha sido Ministro y Presidente del Consejo de Estado, y embajador en París y Nápoles.

Como político, ha sido muchas veces dipu-

tado, y secretario de las Cortes; y ha tenido que emigrar en dos ocasiones por sus ideas liberales.

Y últimamente, como poeta ha sido un destello de Apolo, una gloria inaccesible, un gigante, como Byron, Tasso y Shakespeare.

Condecorado con multitud de órdenes nacionales y extranjeras, y con el gran collar del Toison de oro, ha sido académico de la Real Academia de la Historia, Presidente de la Real Academia de Nobles Artes de San Fernando y director de la Real Academia Española.

La prensa entera, los hombres de todos los partidos, los escritores, los poetas, los artistas, la nación toda, han lanzado desde lo mas profundo de su corazón un grito de inmenso dolor, ante pérdida tan irreparable.

El que escribe estas líneas ha derramado lágrimas en su tributo, y conserva como una preciosa reliquia un libro de tragedias del ilustre duque, cuyos títulos están puestos de su mano.

Al par que hoy las letras españolas visten de luto, también se asocia la literatura de Valencia á pérdida tan irreparable. El Museo Literario ha consultado á sus amigos y todos han creído que la literatura valenciana debía consagrar un recuerdo al ilustre vate. Este recuerdo consistirá en un busto costado por suscripción, que se regalará á la Universidad literaria, cuerpo científico que custodiará la memoria dedicada al poeta cordobés.

Antes de ahora en el número 14 de la segunda época, perteneciente al 6 de Noviembre de 1864, insertamos en las columnas del Museo la biografía del esclarecido duque, acompañada de su retrato y hoy solo nos resta depositar una corona de laurel sobre su sepulcro.

DÁMASO DELGADO LOPEZ.

LA ILUSION.

(En un álbum).

I.

No sigas, zagala,
La mariposilla
Que allí de las flores
El bálsamo liba.
No intentes cogerla;
Sus alas divinas
Con cien mil colores
Tus ojos fascinan;
Son blancas, azules,
De oro, purpúreas,
Y al sol con su brillo
Le causan envidia.
No intentes cogerla,
No la cojas, niña,
Contempla de lejos
La mariposilla.

II.

Mas ¡ay! ¡la persigues!
Corres atrevida
Pisando las plantas,
Las flores y espinas;
La ves cuál se posa;
Su beldad te admira;
Pretendes cogerla;
Vuela fugitiva,
La sigues, la cercas,
La cansas, la pillas.
¡Oh gozo supremo!
¡Lograste tu dicha!
Pero aquellas alas
Que tanto lucían,
Ya no son doradas,
Ni son argentinas;
Sus cien mil colores
Al sol ya no brillan.
Perdió su belleza
La mariposilla,
Sus galas no tiene,
Repugna á la vista,
No quieras mirarla,
¡La matas, la tiras...!!

Quisiste cogerla
Y te pesa, *niña*,
¡Contempla de lejos
La mariposilla!

III.

En cambio tus dedos
De polvo se tiznan
Y plata y topacios
Y esmeraldas finas
Son polvo que mancha,
Oropel que pinta
Y que el solo tacto
Desvanece y quita.
Así en nuestra mente
La ilusión querida,
Vuela presurosa
Ofreciendo dichas;
Corremos tras ella
Que gozo nos brinda,
Queremos cogerla
¡Oh loca alegría!
Estamos ya cerca,
El pecho palpita,
¡Es nuestra! cogimos
¡La mariposilla!...
Mas el desengaño
Tras ella venía,
¡El oro fue polvo!
¡Fue sueño la dicha!

Soñemos, humanos,
Que el sueño es la vida,
Sin él las dulzuras
Amargas serían.

¡Sueña! las verdades
No ambiciones, niña,
Contempla de lejos
La mariposilla.

ENRIQUE DE VILLARROYA.

A ZARAGOZA.

¡Salve, noble ciudad y valerosa,
Cuya frente gloriosa
Ceñida de laureles se levanta!
¡Tú, que en la guerra santa
De independencia nacional te alzaste
Y el águila altanera
Paraste en su carrera
Y su tremendo empuje rechazaste!
¡Tú, que sin otras armas
Que el pecho de tus hijos por escudo
Volaste á la victoria
Escalando las cumbres de la gloria,
Zaragoza inmortal, yo te saludo!
Y al contemplar mis ojos
Esas deshechas torres,
Y tu frágil muralla derribada,
En propia sangre y del francés bañada,
Tus hechos memorables
Mi mente acalorada
Vivos se representa,
Y al corazón acude arrebatada
La sangre aragonesa que me alienta.
Y santo y noble orgullo el pecho inunda
Al recordar que entre su noble ruina,
Padron glorioso de española audacia,
No envidian el Portillo y Santa Engracia
Palmas de Marathon y Salamina.

A la apacible sombra
De tus álamos blancos reclinada;
Del Ebro caudaloso
Por las corrientes límpidas bañada;
Rodeada de mirtos que mecían
Las auras del Moncayo,
Y de tiernos pimpollos que se abrian
Del sol naciente al amoroso rayo,
Descuidada y en paz, feliz matrona,
En brazos de tus hijos reposabas,
Y en tu frente purísima ostentabas
Tu entonces ya magnífica corona.

Un grito de repente
Llega hasta ti de inesperada guerra,
Unido al que doliente
Baja de la alta sierra
Tremendo á publicar que estraña gente
Entrando vá tu profanada tierra:
Y como el ronco trueno
Al relámpago sigue, el triste grito
Sigue de cerca el rechinar horrible

De trenes y cañones,
Y el rudo galopar de los caballos,
Y el pisar de apretados batallones,
«Alto, á lidiar; ¡traición! á mí, hijos míos.
«¡España y libertad!» fiera gritaste;
Y acudieron sus almas generosas,
Y tú sobre sus frentes valerosas
La santa cruz del Salvador alzaste.

Dignos de ti vinieron
Los que tu brio acometer osaron:
Que á tal no se atrevieron,
Ni delante de ti se presentaron
Con la frente serena,
Sin que antes á la Europa avasallaran
Y sus doradas águilas orlaran
Verdes laureles de Marengo y Jena.

Así es mayor tu gloria:
Los que vieron cual frágiles aristas
Caer cetros, y reyes, y naciones
Hollados en las rápidas conquistas
De sus bien enseñados escuadrones,
Con asombro y respeto.

Ven á tus hijos fuertes
Que entre el ronco elamor de la batalla,
Y al seco redoblar del parche herido,
Y al tremendo rugir de la metralla,
Y del que espira al fúnebre alarido,
Y al crujir espantoso
Del desplomado techo,
Tras la vigilia de la noche larga,
Tranquilo el corazón, desnudo el pecho,
En confuso ponton van á la carga.
Y una vez, y otra vez, el choque rudo
De la aguerriada gente rechazando,
Y un muro de cadáveres y escombros
En la rasgada brecha levantando,
A los pueblos asombras,
Que en ti sus ojos fijan,
Y de Entenza y de Flor las nobles sombras
En tu gloria inmortal se regocijan.

Esos tus bravos hijos
Dignos hermanos son de los que un día
Con increíble arrojo,
Desafiando el hambre y el cansancio,
Ante las barras de Aragón ilustres
Temblar hicieron á la gran Bizancio.

Eterna vivirás, oh Zaragoza:
Y para el pueblo que en futuros tiempos
Oprimido se sienta,
Y en las páginas limpias de la historia
Tu valor sin segundo lea escrito,
De santa guerra y de futura gloria
Tu inmaculado nombre será el grito.
Sí, que ya en nuestros días
Otra ciudad valiente
Tus egemplos magnánimos imita:
A sacudir el yugo que la agobia,
Entre rios de fuego moscovita,
A tu nombre inmortal lidia Varsovia.

Honor á tí, que en tan horribles pruebas
Tu fama eternizaste,
Y briosa ganaste
De invicta el nombre que gloriosa llevas.
Invicta, sí, invencible;
Que si tu puro suelo al fin pisaron,
Fue porque juntos sobre ti cayeron
La peste, el fuego, el hambre,
Y en tus entrañas su furor cebaron:
Los rigores del cielo te postraron,
Las fuerzas de los hombres no pudieron.

JULIAN ROMEA.

Zaragoza Junio 1865.

FELICIDAD DOMÉSTICA.

(Conclusion.)

Pepe y Geromo subieron, y el viejo se dirigió á la sala rogando á Isabel, á quien encontraron al paso, que le siguiera como Pepe.

El tío Geromo, despues de cerciorarse de que no habia por allí quien pudiera oírle, cerró la puerta de la sala, mientras Isabel y Pepe se miraban asombrados como preguntándose mutuamente, qué secreto seria el que el anciano iba á revelarles.

—¡Pepe! ¡Isabel! exclamó el tío Geromo asiendo de la mano á sus amos, matadme ó perdonadme; que el tío Geromo, el que os

ha visto nacer, el que era el ojo derecho del pobre señor Juan, que esté en el cielo, el que debiera mirar por vuestros intereses mas que vosotros mismos, porque ha comido el pan en esta casa mas tiempo que vosotros, ese os ha estado robando, ese es un ladrón!...

—Tío Geromo, preguntó Pepe, ¿está V. loco?

—Tío Geromo, ¡V. tiene gana de broma! exclamó Isabel.

—No, no estoy loco, ni tengo gana de broma, replicó el tío Geromo derrainando lágrimas como avellanas. ¿No habeis notado que en un año he envejecido por diez? No me habeis visto desde hace un año siempre rabian-do, y siempre triste?

—Sí que lo hemos visto.

—¿Y á qué lo habeis atribuido?

—A nada malo: á que al fin y al cabo se le habria pegado á V. nuestro mal génio.

—Pues os habeis equivocado, que lo que me envejecia antes de tiempo, lo que me habia vuelto un cascarrabias, lo que no me dejaba dormir ni velar tranquilo, lo que me hacia el mas desgraciado de los hombres, era un gusano que me roía la conciencia, era un remordimiento que nunca podia echar de mí, era un delito que ya todos me echaban en cara y todos sabian, á pesar de que cuando le cometí creí que solo Dios y yo le habíamos de saber.

—Vaya, vaya, no sea V. pesado, y diga qué tremendo delito es ese.

—Pues lo vais á saber. Hace un año fui á Madrid á vender un carro de trigo y vendí el trigo á 42 rs. la fanega. Desde el mercado me fui á la posada con ánimo de que descansáramos allí las mulas y yo, para emprender la vuelta con el fresco de la noche, porque aquel día hacia un calorazo que se asaban las piedras. Eché un pienso á las mulas y en seguida me eché á dormir la siesta; pero en toda la tarde no pude cerrar los ojos, porque continuamente me estaba zumbando en los oídos la voz de una ciega que gritaba á la puerta de una lotería que estaba frente de la posada: «Hay billetes á ochenta reales. La suerte y la fortuna de los jugadores tengo en la mano. Esta noche se cierra el juego. Mañana es el sorteo y pasado mañana se cobra.» A pesar de que no tenia dinero para jugar á la lotería, caí en la tentacion de jugar, y dando por cosa hecha el tomar un billete, di por cosa hecha tambien el sacar el premio grande. En seguida empecé á calcular lo que debia hacer con tanto dinero, y edificué casas, compré tierras, planté viñas, ayudé á Pascualillo á estudiar para cura, socorrí á necesitados, hice regalos á la iglesia de Coveña y alejé de Coveña el infierno, señalando á la tia Gaceta medio duro diario, con la precisa condicion de que nunca volviera á poner los piés en Coveña ni en veinte leguas á la redonda. Cuando enganché las mulas para partir, la ciega volvió á gritar: «Mañana es el sorteo y pasado mañana se cobra.» Y cogiendo ochenta reales del importe del trigo, los gasté en un billete diciendo: «anda, diré que he vendido el trigo á 40, y si el otro viaje lo vendo á 42, diré que lo he vendido á 44.» La lotería salió, y ni siquiera los ochenta reales volvieron á entrar en mi bolsillo, ni han vuelto á entrar en el vuestro. Conque ya veis que soy un ladrón, un....

Isabel y Pepe interrumpieron al viejo con una alegre carcajada.

—¡Pecador, *ego te absolvo!* como dice el señor cura, dijo Pepe plantando un abrazo al pobre viejo que lloraba de alegría.

—Pues yo, dijo Isabel cogiéndole de la mano, no le absuelvo hasta que cumpla una penitencia que consiste en venir conmigo á la bodega á probar el vino de todas las tinajas á ver cuál es el mejor para obsequiar hoy á los convidados.

—Caráspita, qué peso me habeis quitado de encima del alma!... exclamó el tío Geromo llorando de alegría.... Que venga, que venga ahora la tía Gaceta á preguntarme á cómo vale el trigo, que la oiré como quien oye llover!

Poco despues toda la familia de Pepe Berrinche y los convidados almorzaban en el hermoso comedor, y el tío Geromo asombraba á los que no conocian el secreto de su trasformacion, comiendo y bebiendo como un cavador y contando cuentos como un Juan Cachaza.

X.

Las campanas de Coveña echadas á vuelo mezclaban su alegre voz con la solemne y magestuosa del órgano y la incalificable de un violin, un clarinete, un fígle, un redoblante y dos ó tres instrumentos mas que constituian la murga llevada de Madrid por el ayuntamiento de la villa para dar realce á la funcion del Cristo del Amparo.

Era que la procesion salia.

La santa efigie apareció á la puerta de la iglesia colocada en unas anchas andas y un griterío inmenso de mugeres y niños la saludó desde la plaza.

Al llegar á mitad de ésta, el señor alcalde, que como los demás señores de justicia iba en la procesion envuelto en una capa que pesaba media arroba, á pesar de que calentaba de firme la chicharra, hizo una seña y los conductores de la imágen se detuvieron.

Cien mugeres con otros tantos niños y niñas en brazos se lanzaron hácia el divino señor y empujándose, pisándose, acodeándose, estrujándose, fueron colocando sobre la peana los niños, que ponian el grito en el cielo, espantados al verse en aquella altura.

Los pocos niños que reprimian el llanto y se contentaban con temblar asíéndose fuertemente al santo madero, hacia con su valor reventar de orgullo á sus madres y eran considerados como héroes por los espectadores.

Isabel apareció corriendo desalada con su niño en brazos, y fue á colocar la criaturita en la peana del Santo Cristo; pero el chiquitín empezó á dar tales alaridos, se agarró con tal fuerza al cuello de su madre, cogió tal perrera, en fin, que la pobre Isabel, sofocada, avergonzada, desesperada, furiosa, hubo de renunciar á su piadoso intento y volverse á casa con el niño, mientras los espectadores decian por lo bajo:

—Anda, que ese no niega la sangre de los Berrinches!

Un instante despues, una niña como de tres años apareció sobre las andas, hermosa, tranquila, sonriendo, ataviada con todos los primores que á las madres como Dios manda inspira y proporciona el amor maternal cuando carecen de medios para engalanar á sus hijos.

Aquella niña era la de Juan Cachaza, que la contemplaba á corta distancia, sonriendo como un bobo.

La niña se empujó para besar los pies del Señor, y con una media lengua deliciosa, pronunció esta oracion, que sus padres la hacian repetir todas las noches al acostarla:

Seño mio Jesuquito,
Aunque no dé nego é pan,
En pa dejano comelo,
Que á roquiya no sabá.

En seguida tendió los bracecitos á su madre, que la recibió en los suyos mas feliz y orgullosa que Isabel la Católica al recibir la noticia de que era señora de un nuevo mundo, y la dejó correr á los de veinte mugeres y otros tantos hombres que se la comian á besos.

Juan Cachaza, al ver aquello, sintió pujos de llorar como un becerro, y no encontrando otro medio de desahogar su orgullo y

su alegría, tiró el sombrero al aire exclamando:

— ¡Vengan penas!...

La procesion recorrió la calle que desembocaba en el olivar, hizo alto junto á éste, sin duda por esa simpatía que la religion, amiga de los recuerdos, como todo lo elevado y poético, tiene por los olivos, que presenciaron la última meditacion del Cordero immaculado, y regresó á la iglesia por otra calle.

La misa fue solemne, y el sermón arancó mas de una vez lágrimas de consuelo al auditorio, porque el predicador procuró fortalecer en el corazón de los labradores el amor á los campos y al trabajo.

El autor de los *Cuentos campesinos* ha sentido mas de una vez no ser cura de aldea para imponerse la noble tarea de reconciliar á los pobres moradores de los campos con la vida que Dios les ha deparado, demostrándoles cuán preferible es á esta vida febril é inquieta en que nos consumimos los moradores de las ciudades.

La Celedonia cometió un pecado muy gordo durante el sermón: se dejó tentar del diablo de la vanidad pensando en los triunfos que su hijo Pascualillo alcanzaria en el púlpito cuando fuese cura.

Cuando el predicador salió de la iglesia se acercó á él y le dijo:

— ¡Señor, bendito sea su pico de V. que nos ha hecho á todos llorar!

— Déjese V. de alabanzas y guárdelas para cuando su hijo de V. ocupe mas dignamente que yo ese púlpito, la contestó el anciano.

— ¡Ay señor, Dios sabe si mi chico llegará á ser sacerdote!

— Si quiere serlo, lo será.

— ¡No ha de querer, señor!

— Pues si quiere, tambien Pepe y yo queremos, en prueba de lo cual anuncio á V. que hemos acordado facilitarle cuantos medios necesite para que estudie y se ordene.

— ¡Dios y la Virgen Santísima se lo pague á ustedes, señor! exclamó Celedonia llorando de alegría.

Y poco despues andaba de casa en casa anunciando la dichosa nueva.

Plaza y calles fueron quedando desiertas conforme fue llegando la hora de comer.

La comida preparada en casa de Pepe Berrinche era opipara, magnífica, digna de príncipes.

La preparada en casa de Juan Cachaza se reducía al puchero cotidiano, pero con el aditamento de media librita de carne fresca y un par de cuartillejos de vino.

Familia y convidados se pusieron á comer en casa de Pepe, todos alegres menos Isabel que estaba de un humor endiablado con el berrinche del niño.

Pepe fue perdiendo la alegría viendo que apenas comia su muger, y sobre todo, viendo que se amontonaba una tempestad en el cielo de su casa.

Los convidados, incluso el predicador, se fueron despues de comer hácia la plaza, y cuando Isabel y Pepe quedaron solos, estalló la tempestad que Pepe se temía.

¡Ay! cuando por cojer la media naranja del Moro se ha cogido la de la China, ni doscientos chiquillos hacen un arco iris!

Pepe se dirigió á la plaza, porque... porque cuando en casa no hay paz, en cualquiera parte se está mejor que en casa, y lo primero que se echó á la cara, fue á Juan Cachaza y Mariquita, que bailaban juntos como si fueran novios.

En aquel instante tocaron las campanas á muerto.

— ¡Quién sabe si Pepe sintió que no tocarán por él!

— ¿Quién ha muerto? preguntó á Santiago, que estaba muy quemado viendo que la Rosa no llegaba detenida por la tempestad.

— La tía Gaceta, contestó Santiago.

— ¡Cómo!

— ¿Cómo? bebiendo. La han encontrado muerta con una botella de aguardiente medio vacía al lado. ¡Canario, qué pícaro vicio es el de la bebida, y sobre todo en las mugeres!

— Malo es que las mugeres beban aguardiente, pero peor es que beban vinagre, repuso Pepe con amarga sonrisa.

— Canario, señor Pepe, no entiendo por que dice usted eso.

— Dios me entiende y yo me entiendo.

En esto terminó la tanda de seguidillas manchegas que Juan Cachaza y su muger estaban bailando. Mariquita fue á coger en brazos y ahupar, para que viera á la gente, á su niña, que habia dejado al cuidado de las señoras Claudia y Celedonia, y Juan fue á saludar á Pepe.

— Buenas tardes, señor Pepe.

— Buenas tardes, Juan. ¿Conque la gente se divierte, eh?

— ¡Qué quiere V. que hagamos! ¿Nos hemos de dejar morir como la tía Gaceta?

— ¿Conque es cierto que ha muerto esa pobre?

— Y tan cierto.

— Canario, bien empleado le está, ya que era tan aficionada á empujar el codo....

— Calla, majadero, replicó Juan Cachaza á Santiago. De los muertos no se debe acordar nadie mas que para alabarlos, llorarlos y encomendarlos á Dios.

— Toma, ¿y por qué?

— Porque murió con ellos lo que merecia vituperio, que eran los vicios, y solo queda vivo lo que merece bendiciones, que es el alma.

— Tiene Juan mil razones, dijo Pepe.

— Y ya que hablamos del alma, continuó Juan dirigiéndose á Santiago, ándate con cuidado, pues milagro será que tú te libres de que te se aparezca por ahí alguna noche la de la tía Gaceta....

— ¡Canario, señor Juan, que no ande V. con gromas pesadas!

— ¡Mire V., mire V., señor Pepe, cómo me hace señas mi chiquitina para que vaya allá!...

— ¿Sabes que está hecha una alhaja?

— ¿Qué si lo está? Consérvemela Dios y.... que vengan penas!

La Rosa apareció, trayendo en brazos al heredero de los Berrinches.

El chiquitín estendió los bracecitos á su padre, saludándole con una risita remouísima.

Y Pepe entonces, trocando de repente la sonrisa de la amargura por la de la esperanza y el consuelo, exclamó desde el fondo de su corazón como Juan Cachaza:

— ¡Vengan penas!

ANTONIO DE TRUEBA.

Por todo lo no firmado:
GERONIMO FLORES.

EL SALTO DEL CABALLO.

SOLUCION AL DEL NÚMERO ANTERIOR.

Remitido por A. D.

Cuatro dientes te quedaron,
Si bien me acuerdo; mas dos,
Elia, de una tos volaron,
Los otros dos de otra tos.
Seguramente toser
Puedes ya todos los dias;
Pues no tiene en tus encías
La tercera tos que hacer.

Epigrama de Marcial,
traducida por B. de Argensola.

PROPIETARIO D. G. F.

Editor responsable: D. Manuel Alufre.

Imprenta de José Rius, plaza de San Jorge, 3.